



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11347

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casaritia 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CÁNDIDO

Consultorio Médico. Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes
Centro general de vacunaciones

Horas de curación y consulta de 9 á 11 de la mañana y de 3 á 5 de la tarde
MURALLA DEL MAR, 83

Vacunas, Sueros, y Jugos orgánicos.

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio, y se expenden por cajas de seis ó más tubos ó ampollas, á los señores farmacéuticos.—Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Depósito de los renombrados vinos con jugos hepático y orquídeo

Teléfono número 30.—Dirección Telegráfica: Dr. Cándido

JOSÉ GOMEZ É HIJOS

PUERT. S DE MURCIA

Depósito exclusivo de la Rioja Alta
SOCIEDAD DE COSECHEROS
DE VINO DE HARO

PRECIOS DE LOS VINOS

Botella de vino tinto con casco á 1'10
Media ídem de ídem con ídem á 0'75
Botella de vino blanco con ídem á 1'25
Media ídem de ídem con ídem á 0'85

Esta casa entrega 0'15 por cada casco vacío que se devuelve.

NO TANTO

Confesamos que nos ha sonrojado el suceso acaecido en Madrid, en el que han figurado una pobre y desvalida mujer y un millar de personas dignísimas de vivir en Frajana. El hecho de confundirla con un hombre, suponiendo en éste todas las maldades del vicio, no autoriza á cometer salvajadas, habiendo tribunales que juzguen y castiguen. Pero tampoco autoriza á decir que somos dignos de que nos conquisten las kabilas más inciviles de Marruecos, la salvajada cometida por unos cuantos cientos de personas.

Con sobrada frecuencia, con mu-

cha más de la que se necesita para que las gentes extranjeras nos menosprecien, se oye decir de España que es un pueblo de estúpidos, de bárbaros, de degenerados sin conciencia de lo que es dignidad; y como si quien acusa no fuera de esta tierra y olvidara que lanza su anatema contra sus compatriotas—entre los cuales estan su padre y sus hermanos—y contra él mismo por su condición de español, pone toda la indignación en la pluma y nos pinta cual si fuéramos salvajes del Africa central.

¿Porqué esa saña? ¿Acaso no ven los que tal hacen que sus acusaciones nos marcan un nivel inferior en cultura al que los juicios extraños nos asignan?

Dudamos de que los acusadores lo hagan á conciencia plena de que obran con justicia. No queremos creer que los que dicen que España es un país de sinvergüenzas, se expresan con la serenidad de juicio que necesita el juzgador para obrar con imparcialidad. Si acusan de ese modo y apuran el epíteto que denigra y rebaja, lo hacen estimulados por la irritación que sienten sus espíritus, irritación que no es patrimonio de unos cuantos, sino de casi todos los españoles.

Hace unos días, sin ningún pre-

texto, dos policías atropellaron y dieron de sablazos á los concurrentes á un café cortesano. Hace dos, una turba de bárbaros ha atropellado á una pobre mujer. Ambos sucesos han tenido lugar en la corte; los periódicos madrileños vienen indignados, y alguno de ellos, sin duda influido por la indignación que le produjo la repugnante escena, se expresa en términos violentos, tanto que dice que, no ya los portugueses, sino los mismos riffeños se juzgarán con títulos bastantes para aspirar á regenerarnos por la conquista.

Pero ¿es que diez y ocho millones de españoles deben ser responsables de los delitos de unos pocos? ¿Es que España es la calle de Madrid donde se ha cometido ese acto de barbarie, digno de Frajana, si, pero contra el cual protestan desde el periódico que se expresa en esos tonos violentísimos hasta el último habitante de la más escondida aldea?

España no es más que desdichada. Hubo un tiempo en que le sobraba la fé en el porvenir y acometía toda clase de empresas y luchaba por su mejoramiento. Hoy le falta la fé y no es ella la que tiene la culpa. Tal vez se la hicieron perder los mismos que la motejan de degenerada y la creen digna de que cualquiera la conquiste.

TIJERETAZOS

Abrimos y leemos:

«El pacto con la razón»

¿Cuándo lo hacemos?»

Porque hasta ahora la razón no se encuentra por ninguna parte.

Y para pactar con ella debe comparcer.

Ni para poner coto á las demasías se exhibe esa señora.

Ahí están esos dos desahogados municipales madrileños echando sus caballos sobre los tranquilos consumidores

de un café y repartiéndolo equitativamente cintarazos á chicos y grandes.

¿Y qué? ¿Se ha atropellado la razón? Pues que dispense.

Al fin y al cabo los agentes estaban ebrios y pudieron hacer cosas mayores. De modo que demosles las gracias y hasta otras cosas...

Hablando del libro *Luchas* que ha visto la luz hace unos días, dice un crítico:

«*Luchas* es una colección de poesías de un hombre joven que trabaja por la gloria.»

¡Tonto! habiendo tantos que trabajan por el garbanzo.

Y si no se ocuparan más que de eso...

Pero se da á conocer uno que vale y dejan la cuchara para tirarle de los pies.

Ni de la gloria le dejan disfrutar al que se eleva.

Dice *La Correspondencia*:

«La política está muerta á pesar de todo. Quedamos en que no hay nada ni posibilidad de que lo haya.»

¿No?

Colega, perdone usted, que no sea de su opinión: porque pasan muchas cosas que tienen de un modo átroz enojado al presidente y al de la Gobernación con sus otros compañeros, y eso es algo, si señor.

¡Que no es nada lo de Huesca!

Hombre, no sea usted guasón.

Eso de Huesca es bastante, y ya antesayer díjolo el mismo señor Silvela.

¿Y qué dice usted de los escándalos que está dando por esos pueblos de Dios el gremio de ojateros carlistas? ¡Eso es átroz!

¿Y de las declaraciones de Weyler, Pidal y Mon, Martínez Campos, Tetañán y el mismísimo señor

Dato, que también declara cuando llega la ocasión?

¡Que está muerta la política!

Pues si está entrando en calor y ya llega al rojo blanco

y quema que es un primor.

Perdone usted compañero; yo no soy de su opinión,

porque veo que echan chispas el Gobierno, la Nación, las Cámaras de comercio, las ligas y hasta el cordón que hemos puesto á Portugal para evitar la invasión.

CRÓNICA MADRILEÑA

La infeliz mujer esperaba tranquilamente el paso del tranvía para montar en él; su indumentaria nada tenía que llamara la atención; falda y blusa negra y pañuelo de seda del mismo color.

La fatalidad hizo que el pañuelo se desprendiera y quedara al descubierto una cabeza rapada, blanca y con ese brillo opaco de las calaveras.

El antiestético conjunto que formaba el trajeo mujerial de la desdichada y la falta de pelo, ese adorno que tanto embellece la hermosura femenil, cómplice de las coquetterías del sexo, sorprendió á la gente que lo vió y unos cuantos obhiquillos y mozaibetas, mas atrevidos, con la desvergüenza y el libertinaje de la gente golfa, comenzó á injuriarla, llevando algunos osados su audacia hasta darle golpes.

El escándalo fué en crescendo, coreado por los que atraídos por el vocerío y la zambra, movidos por la curiosidad se acercaban al cerco y veían aquella forma humana inmóvil, atolondrada, especie de estatua calva vestida con faldas negras.

—Vaya un incidente—decía una vieja, recordando que en sus mocedades sentía repulsa por los cambios de sexo.

—¿Vienes de Cadiz?—preguntaba un chico.

—Que te dé la patente Ribot—añadía uno que conocía sin duda la vida íntima de la ciudad gaditana.

Y la infeliz aguantaba acobardada aquel chaparrón de insultos y los desmanes de los belicosos.

El instinto de conservación la hizo huir y con las alas del miedo, cuando anhelamos esquivar el peligro, emprendió desbocada carrera calle San Vicente abajo, seguida de la hostil muchedumbre que la apedrea y la perseguía en la fuga, logrando darle alcance.

Caida en el suelo la desgraciada, fué víctima de las salvajes turbas, hasta

el suelo y sobre paja, según podía juzgarse al pisar una alfombra vieja.

—Pero esto es una tumba, dijo Orri sentándose; y sobre todo, muy insalubre, señora.

—He tenido mucho miedo, señor marqués, y estaba aquí hasta saber si podía atreverme á salir ó no.

—¿Me conocéis? dijo Orri.

—Es la primera vez que os veo: pero una dama que está en palacio, favorecida por sus majestades, me ha hablado de vos.

—Sí, vuestra hija.

—¿Qué, sabéis que yo tengo una hija que es dama? ¿yo, la pobre comedianta?...

—Y la amante del verdugo, dijo Orri: habéis pasado violentamente de un extremo á otro; al verdugo desde el rey.

—¡Ah! ¡pero yo lo sé todo! dijo Carlota: ¡han dado tormento sin duda á Manzampulaa!

—Era preciso, señora; necesitamos saber á qué atañernos de seguro, respecto á la infanta doña Esperanza de Austria, vuestra hija.

—Creo, contestó Carlota, que sus majestades no pueden tener duda acerca de si mi hija es ó no hija del rey: doña Esperanza tiene en su oerpo señales

de, la voz de Carlota, en que se revelaba una gran inquietud.

—¿Sucede algo? dijo.

—Descuidad, señora, descuidad y abrid, contestó el tío Lagartijo: hay un señor muy bueno que necesita veros, dijo el gitano.

—¿Y quién es ese señor? contestó Carlota.

—No es menos que el señor marqués de Orri, ministro de su majestad.

—¡Ah! esperad, señor marqués; necesito vestirme. El marqués echó paciencia y esperó.

Cinco minutos después se abrió la puerta y apareció Carlota.

—Entrad, dijo.

—Vamos: seguramente que estorbaré yo, dijo el gitano: ahí se queda la luz, y yo me largo: en haciendo yo falta, se dan tres palmadas, y acudo.

Carlota tomó el candil que el gitano le entregó, y encendió en él una vela de cera que estaba en una palmaria de metal, en una pequeña mesa.

La habitación, si es que tal podía llamarse el espacio donde había penetrado Orri, era abovedada, baja, estrecha y muy húmeda.

Un escondrijo, un agujero.

En él había una mesa, un lecho y dos sillas. Sobre

y apesar del arcabuzazo escapó, y como pudo se escondió en un matorral, y tuvo la suerte de dar allí con un amigo que también estaba escondido.

—¡Yal con un ladrón de esos que andan á salto de mata.

—Yo no he dicho eso; pero si vuecencia se empeña, que sea ladrón el Joyito, que á mi nada se me dá: el Joyito es un buen muchacho: le cogió la sangre como pudo al señor Lucas, le llevó á cuestras á la ermita de otro amigo, y se vino á Madrid, por metales para asistir al señor Lucas: porque ya sabe vuecencia, que sin dinero no se hace nada en este mundo.

—¿Y no sabes tú dónde está el señor Lucas Cabezudo?

—Por mí fé que no; pero si importa, lo puedo saber; porque enviando un aviso al Joyito, viene más listo que Cardona, y canta si conviene, y si no hay peligro para el señor Lucas; porque ha de saber vuecencia, que nosotros no nos hacemos traición, y primero mártires que confesores: el miedo guarda la villa; el que de nosotros se soltara de la lengua, tendría encima un tijeretazo ó una palaneta; que yo diría Jesús me valga; porque yo sé que si á vuecencia le han dado la seña para entrar aquí, es porque no hay cuidado; y no le pese á vuecencia de haber